



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 12,918

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24

VIERNES 2 DE DICIEMBRE DE 1904

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue. Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 81.



LA UNION Y EL FENIX ESPAÑOL
COMPANIA DE SEGUROS REUNIDOS

AGENCIAS en TODAS las PROVINCIAS de ESPAÑA, FRANCIA y PORTUGAL
37 AÑOS DE EXISTENCIA
SEGUROS sobre LA VIDA.—SEGUROS contra INCENDIOS.
Dirección en Cartagena: VIDA DE SORO y COMPANIA Caballos 15

¡Trabajo!

El invierno se anuncia cruel. Donde no llueve nieva; y donde no produce efecto el temporal sobre las clases pobres, lo produce más hondo y más terrible, por ser más persistente, la falta de trabajo.

De esta plaga de males que se ha extendido por España y que el invierno agravará, no se sustrae Cartagena. Aquí no hace extragos la nieve, ni llueve en condiciones de causar perjuicios enormes á una densa población agrícola, porque no la hay; pero hay sí falta de trabajo y muchos brazos inactivos, elementos que son muy suficientes para poder predecir serios conflictos si no se modifican.

No es hora de pensar en las causas que han producido ese fenómeno. La lucha entre patronos y trabajadores; la inseguridad de los negocios; la crisis minera que ha obligado á parar muchas minas y á disminuir el personal en las restantes; la carestía de las subsistencias que aconseja reducir los gastos; todas esas causas, aisladas ó juntas con otras que escapan en este momento á la memoria, han traído á esta ciudad á un estado totalmente distinto de aquel otro de hace veinte años en que era una excepción. Entonces, cuando se hablaba de los males de las poblaciones españolas, se hacía una excepción de Cartagena. Hoy en-

tra esta en el caso general y tal vez deba ser también exceptuada, pero en sentido opuesto, es decir, en el de haber caído sobre ella mayores desventuras.

No es hora—repetimos—de detenerse á examinar las causas que la han traído á semejante estado. ¿Para qué, si lo que ahora precisa es hacer frente á los efectos que han producido aquéllas y á las que han de producirse en breve plazo si el ministro que rige el ramo de marina no se detiene en el camino que recorre?

Esos efectos cristalizan todos en falta de trabajo, en falta de faenas que ocupen la actividad de muchos hombres, que no se ven porque aquí no existe la costumbre de que los jornaleros sin trabajo se reúnan en la plaza pública en espera del que quiera ofrecerles un jornal; pero preguntése á los encargados de las obras y á los que disponen de alguna influencia y ellos dirán si el número de obreros sin trabajo es crecido.

La sociedad «La Exactitud» que estos días ha entrado á trabajar en los muelles, se ha formado con obreros sin trabajo; y al trabajar estos han quedado inactivos aquéllos á quienes sustituyen.

Quien quiera comprobar la falta de trabajo baje por la mañana al muelle, á la hora de emprender la faena y verá los obreros que sobran después de ocupar los patronos los que necesitan.

Esto siempre constituye un caso grave; mas cuando entra el invierno crece la gravedad. Y si á ma-

yor abundamiento dicha estación se anuncia en la forma cruel que estamos presenciando, la gravedad toma caracteres de conflicto innegable que es cuerdo remediar.

¿Puede haberlo para un mal tan grande? ¿Puede darse solución satisfactoria á la crisis del trabajo que de modo tan triste se anuncia y que es susceptible de una brutal agravación?

No nos dirigimos al ayuntamiento, que hace lo que puede; ni van nuestras preguntas á los propietarios. Cada cual hara en eso lo que quiera ó pueda. Nuestras preguntas se dirigen á la Junta de obras del puerto, única entidad corporativa que puede tener soluciones para aquel problema.

Por sus grandes influencias en Madrid, puede el presidente de esa junta impulsar los proyectos de obras que se hallen á la aprobación. ¿Quiere el señor Maestro interponer esa influencia en pró de los obreros sin trabajo?

Y conste que al preguntar si quiere no dudamos que quiera. Ese «quiere», en forma interrogativa, se traduce por un «esperamos». Y el que espera no duda.

TIJERETAZOS

Un párrafo del discurso que ha pronunciado el conde de Romanones en Jaén.

No tiene desperdicio.

«La depreciación de la peseta quebranta nuestra riqueza pública y nos pone en ridículo en el extranjero; cuando quienes enarbolaron esa bandera la han abandonado, nosotros la recogemos, después de haberles ayudado con todo nuestro esfuerzo.»

Lo del ridículo es verdad. Agrandándolos de un modo fantástico, llamamos pesetas á unos cuantos céntimos.

En lo otro también ha estado en lo cierto Romanones.

El partido conservador y su verbo económico Villaverde, hombre de inflexible carácter, hicieron un apostotado del saneamiento de la peseta.

Y después... ¡ni agua!

Es verdad que Villaverde no es un ca-

rácter, ni un apóstol, ni nada de lo que pareciera. Es solo un político más.

El domingo pasado fueron denunciados en Barcelona 1.461 depósitos de establecimientos por infringir la ley del descanso.

Si cada multa vale veinticinco pesetas va á resultar una de estas dos cosas:

O cae en desuso la ley del descanso ó se acaba la industria en Barcelona.

Y puede ocurrir también una tercera: Que los industriales escarmienten en boñalillo propio al ver que les extraen los duros.

Dice un periódico de Barcelona que en la casa de socorro de Atazaras ha sido curado un hombre que presentaba tres heridas en la cabeza, con contusión cerebral.

Según el hombre se le produjo por haberse caído no sabe dónde ni cuándo fué.

Buena sería la tarea que le acompañaba.

¡Si no se puede tener trato con infelices!

ALZA DEL AZÚCAR

Los telegramas del extranjero dan la mala noticia de que el azúcar ha sufrido un alza de mucha consideración en los mercados, y que se traduce en una pérdida de más de diez millones de libras esterlinas para los ingleses.

¡Ahí me las den todas! exclamarán tal vez algunos indiacretos; pero en España, donde los ingleses abundan y el azúcar escasea, no cabe mirar por encima del hombro estas cuestiones tan intrincadas.

El azúcar es un elemento de nutrición y de fuerza, según los sabios, que determina energías inconcebibles.

Es á modo de un acumulador de impulsos y acometividades para el bien, que se traduce en actos meritorios, ya individuales, ya colectivos, dignos de figurar en la Historia.

Por algo se ha dicho que á nadie le amarga un dulce, y el azúcar es propiamente hablando, la fuente de lo dulce.

Si azúcar no puede haber caramelos, que son lo más simpático y tolerable del régimen parlamentario.

El alza del azúcar, que pone á Balfour en un brete, por haberse adherido á la convención azucarera internacional, implica trágicos graves, perjuicios inmensos, pérdidas enormes.

De ahí la emoción estupefacta que han producido los telegramas que comunican tan sensacional noticia.

Los diabéticos sonríen solapadamente, como alegrándose de que el azúcar suba; pero harán bien en quitar el plátano, porque la sacarina de sus cañaverales no se cotiza en ningún mercado; y á ellos lo que debe interesarse, no es que el azúcar esté en alza, sino en baja.

Desde que perdimos las colonias, los españoles miramos el azúcar con cierto desdén mal justificado; á pesar del cual nunca faltan golosos aficionados al turrón minijerial.

Como moscas á la miel, acuden los borregos de la política activa á pastar en los fértiles campos de la uómina; pero hace falta para entrar en ellos ciertos requisitos que no son muy asequibles para ciertos caracteres; y ahí está para justificarlo el famoso proverbio de que no se hizo la miel para la boca del... etc.

En boca cerrada no entran moscas, y en los panales bien guardados tampoco; pero á veces la miel rebosa y ¡quién es el guapo que espanta á tanto insecto como acude á refocillarse en el sacarino fruto!

El azúcar está reputado como uno de los productos más reparadores del organismo. En Alemania se da á los soldados ración de azúcar, casi lo mismo que aquí se da una ración de sal á los ganados.

En Cuba, las tropas extenuadas por la fatiga y el calor, se rebacían fácilmente obupando las cañas de azúcar.

Por consiguiente, hay que poner las cosas en su punto, como el azúcar en los peroles de las confiterías, y percartarse perfectamente de lo que es, de lo que significa y de lo que representa el alza del azúcar, á que se refieren los supraindicados telegramas.

A los españoles, ahora que andamos bastante alicaídos, nos debían interesar estas cosas del azúcar más que á nadie, no porque la remolacha encienda nuestras mejillas con el recuerdo de los pasados errores, sino porque, ahora, con la venida á España de los elementos de paz, y el evangelismo que nos entra de rondón por las puertas, el consumo del chocolate adquirirá proporciones gigantescas.

El chocolate es un producto eminentemente español... y tradicional.

¡Qué recuerdos evoca la clásica jicral! ¡Qué jicarazos aquéllos, los de hace sesenta ó setenta años!

Entre sorbo y sorbo, los realistas, que

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 137

tes á no desconfiar nada para ayudarme á encontrar á mi hijo?

—¿Puede dudar, tío mío? Aunque mantuviérais esa cláusula que tanto me afecta, no retrocedería ante el cumplimiento de un deber sumamente agradecido.

—Está muy bien, hijo mío. Voy, pues, á pensar en las bases de otro testamento, y el antiguo será arrojado al fuego.

—Pues bien, tío mío; si tal es vuestra resolución, ¿á qué demorarla? No tendré un momento de tranquilidad mientras sepa que esas funestas cláusulas existen en el acta de vuestra última voluntad. Este testamento lo tendréis ahí con vuestros papeles; ¿por qué no le rasgáis ahora mismo en mi presencia? Sería un inmenso consuelo para mí y un motivo eterno de agradecimiento.

—¡Diantre! sois harto exigente, querido mío,—dijo el anciano con aspereza.—Paréceme que hay tiempo de sobra ¡Ni que hubiera de morir mañana! Según todas las apariencias, ese testamento no será abierto sino de aquí á algunos años, y podré rehacerle á mis anchas. Además, tengo que consultar con maese Lafoset, mi notario, que tiene un duplicado de ese documento... Vaya, querido Daniel,—prosiguió en

LOS BANDIDOS DE ORGERES 136

de la cabeza y anegado en lágrimas;—en vano trataba de ocultarlo.

Cuando habéis expresado el deseo de que María se casase con vuestro hijo, he sentido desgarrarse mi corazón.

Yo la amo á pesar de los obstáculos que nos separan, á pesar de la aversión que inspiró á su madre y de que mas pronto ó mas tarde participará la misma María.

Si, la amo, y moriría de dolor si la viese en brazos de otro.

Ladrango sintió una viva contrariedad y se arrepiñtó sin duda de haber ido tan lejos en sus confidencias.

—¡Diablo!—exclamó;—yo había creído, cuando me asegurabas que no te quedaba ninguna esperanza... Pero, vamos, hijo mío, consuélate; todo puede remediarse fácilmente.

Ya que este arreglo te causa tanta pena, buscaremos otro mas ventajoso para ti, porque tambien te debo alguna recompensa por los servicios que me has prestado y por los que vas á prestarme todavía. Anularé ese testamento que te disgusta, y arreglaré las cosas á satisfacción tuya. Ea, ea, yo te aseguro que quedarás contento. Pero, por tu parte, ¿te comprome-

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 133

Es cosa muy correcta. ¡Ahí no temas nada; acuérdate de que yo tambien he sido joven.

—En verdad, tío mío, que me preguntais más de lo que se yo mismo. María está enteramente sometida á la voluntad de su madre, y la señora de Moreville me profesa tanta aversión, tanto odio...

—¿Que no tienes esperanza alguna de permanecer en buena armonía con la madre y la hija?

Perfectamente, hijo mío en ese caso vas á conocer mis mas secretos pensamientos.

Yo había temido que tu intimidad con esa chibonela se hubiese convertido en una verdadera pasión, cosa que se ve todos los días; pero ya que me he equivocado, oyeme con atención.

Supongo que opinas como yo, querido Daniel, que se ha conocido el reinado de la nobleza, y que sería una locura creer que han de resucitar los títulos y distinciones antiguas.

Yo busco, pues, como te decía hace poco, los medios de democratizar nuestra familia, y lo conseguiré, tal vez, sin dejar de mostrarme buen pariente con esas mujeres orgullosas.

En el testamento que he otorgado en debida forma, hago un legado considerable á mi sobrina María,